

SINCRONISMO DE LOS SOBERANOS.

SIGLO DIEZ Y SEIS.

Tom. VI. pag. 77.

Table with 12 columns: EMPERADORES, REYES de Occidente, REYES de Francia, REYES de Inglaterra, REYES de Escocia, REYES de España, REYES de Dinamarca, REYES de Suecia, REYES de Polonia, REYES de Bohemia, REYES de Hungría, REYES de Nápoles, EMPERADORES de Rusia. Each column contains a list of monarchs with their names and reign dates.

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO DIEZ Y SIETE.

ARTÍCULO PRIMERO.

Estado del imperio otomano, y del christianismo en las tierras sujetas á él.

Destruído el imperio griego, había ido cada vez á Siglo mas el poder otomano, extendiéndose, y dándose á conocer por todos caminos. Sucesivamente había invadido todas las provincias de Asia y de Europa, todas las ciudades marítimas de Levante, y las mas de las islas de que se componia el antiguo dominio de los soberanos de Constantinopla en el tiempo de su mayor esplendor. No contentos los emperadores turcos con estas dilatadas posesiones, hacian desde mas de un siglo ántes increíbles esfuerzos para penetrar en el interior de la Europa por la Hungría, la Polonia, y los demas estados inmediatos á aquellos de que se habían apoderado. Ya hemos visto las empresas, las prosperidades y las reverses de esta nacion belicosa en tiempo de los principes que la gobernaron en el siglo XVI. Su intrepidez, su ambicion, y su ansia por las conquistas, no tan solo se entibiaron en el discurso del diez y siete, sino que ántes bien hizo mayores esfuerzos que nunca, levantando exércitos formidables; y hubo tiempos en que estando para caer en sus manos la capital de Austria, se lisonjaba de sujetar toda la Alemania; y de extender todavía mas lejos sus armas victoriosas hacia el Norte y

No fueron ménos esforzadas y atrevidas sus tentativas para extender su dominacion por la parte del Asia. Las orillas del Oxo, del Tigris y del Eufrates fueron testigos de sus triunfos; y poco faltó para que despues de haber sujetado á Tauris y Bagdad, no reduxese tambien á sus leyes todas las comarcas de Oriente, que habian compuesto parte del dilatado imperio de los Califas.

Mahomet III., príncipe de incomparable crueldad, habia muerto el año de 1603, despues de haber reynado con gloria, si las conquistas y el terror de las armas són gloria para los soberanos, que hacen gemir á sus vasallos baxo el duro yugo de la tirania. Hamed, ó Achmet I., su hijo primogénito, que despues de él ocupó el trono hasta el año 1617, no supo conservar el dominio que los turcos habian tomado sobre los pueblos enemigos de su culto, y contrarios de su poder. En Europa y Asia experimentó pérdidas inmensas por su cobardía, y por la incapacidad de sus ministros y de sus generales. Enfadado de la guerra, que conocia no poder mantener con ventaja, hizo desde los primeros años de su reynado una tregua de veinte años con el emperador Rodulfo, de la qual se aprovecharon los christianos para reparar sus pérdidas, y afirmarse en las tierras que habian tomado á los infieles. Pero en donde mayores reveses experimentaba la potencia Otomana, era por la parte de la Persia. Shah Abbas, llamado el Grande por causa de sus victorias, titulo de que era indigno por sus vicios, derrotó los exércitos turcos donde quiera que se le presentaron. Achmet, que vela que las ciudades y provincias conquistadas por sus predecesores iban entrando precipitadamente baxo el yugo de su enemigo, no halló otro medio de contener sus progresos, que el de ajustar con él una paz, que no le pareció demasiado dura, cediendo al monarca persa todo quanto quiso pedirle.

Achmet habia sido cobarde, y su reynado tan solo se habia señalado con pérdidas difíciles de reparar, ó con ajustes vergonzosos. Mustafa I., su hermano, que le sucedió en perjuicio de Osman, su hijo, fué todavía mas indigno del trono que él. Caprichoso con extravagancia, y cruel con atrocidad, se hizo aborrecible á los grandes de la nacion, y sobre todo á los genizaros,

milicia fogosa é indócil, que una vez irritada, no sabia disimular su disgusto, ni poner freno á su aadacia. Quitáronsele las insignias de la suprema potestad, para dárselas al niño Osman, su sobrino, que á los diez años tenia doce años. Sus principios manifestaron, que por lo regular la gloria de los príncipes depende mas de la elección de los ministros y generales á quien encargan los negocios, que no de sus propios talentos. El visir Aly Pacha recobró sobre los persas la antigua superioridad que habia perdido Achmet; y cortado Shah Abbas á lo mejor de sus conquistas, tuvo que abandonarlas para que se le concediese la paz; pero la suerte de las armas otomanas fué muy diferente en Europa. El visir, para tomar venganza de algunas hostilidades cometidas en las tierras del imperio, se acercó hácia la Polonia seguido de trescientos mil hombres: exército tan formidable, que parecia una inundacion que habia de desolarlo todo; pero vino á desgraciarse delante de Choczín en Moldavia. Los turcos sitiaron en vano el campo de los polacos; porque recibidos con firmeza á pesar de su número y de la violencia de su ataque, rechazados con vigor, atacados tambien, rotos y perseguidos, perdieron mas de ochenta mil hombres, y un crecido número de caballos. Una paz, que fué preciso ajustar á voluntad del vencedor, acrecentó la ignominia de esta derrota, á la que se siguió inmediatamente una nueva revolucion en la corte. Los genizaros se vengaron en su amo del mal suceso de sus armas. Habiendo arrebatado del serrallo al príncipe niño, en uno de aquellos instantes de furor en que la soldadesca desenfrenada no conocia ninguna ley, y conduciéndolo á las siete torres, lo degollaron sin piedad. Sacado de la cárcel Mustafa, volvió á subir al trono, para ser precipitado otra vez de él al cabo de algunos meses; porque su desgracia no le habia mudado la indole. Aquellos á quien la adversidad no corrige, se hacen todavía peores si recobran la potestad de dañar, despues de haberla perdido. Restablecido Mustafa, fué mas extravagante, mas caprichoso y mas cruel que antes de su caída, y se hizo digno de perder segunda vez la autoridad, de que no usaba mas que para hacer mal. Sacado del palacio imperial como un monstruo odioso y detestable, y pasado sobre un borrico por las calles de Constantinople

pla, espiró en los lazos del cordon fatal á tantos príncipes de su casa, despues de haber servido de juguete al mas vil populacho. Este exemplo, y otros muchos que se pudieran citar, da bastante á conocer la diferencia que hay entre los soberanos, cuya autoridad es dirigida por leyes sábias y constantes, y los despóticos, que se tienen por tan temibles y absolutos, porque estan armados de un poder sin límites. El monarca sujeto á las leyes del estado, de que es cabeza, encuentra su dicha y su seguridad en las reglas que le muestran el uso y el término de su poder. El despótico, que lo puede todo, y que camina sin otro norte que sus caprichos, está continuamente en visperas de perderlo todo, y con ménos seguridad de vivir que el mas infeliz de sus vasallos.

Ninguna cosa de importancia emprendieron los turcos en Europa en el Reynado de Amurates IV., hermano de Osman, á quien pusieron en el trono los otomanos, despues de depuesto y muerto Mustafá su tio. Las miras de este príncipe se dirigian hácia el Asia, donde envió numerosos exércitos para recobrar las provincias que Schah-Abbas habia tomado á sus predecesores. Aunque sus primeros esfuerzos no tuvieron feliz éxito, no por eso desistió, sino que reforzó su exército con nuevos cuerpos de tropas; eligió generales mas hábiles que aquellos á quien habia confiado el mando en las primeras campañas; salió él mismo en persona á gobernar la expedicion; y por último, á fuerza de constancia y de trabajos, consiguió recobrar á Bagdad y Babilonia, cuya posesion aseguró con un ajuste de paz; pero deslució su victoria con el cruel tratamiento que dió á los vencidos, y apresuró el fin de sus dias con los excesos de intemperancia á que se entregó, habiendo muerto de una embriaguez á la edad de treinta y un años. Sabida cosa es con qué rigor prohibe la ley musulmana el uso del vino; y como Amurates le tenia tanta pasión, este gusto, tan contrario á los preceptos del alcoran, era motivo de escándalo para los devotos sequaces de Mahoma. Para desvanecerlo quiso hacer universal el uso del vino, á cuyo fin publicó una ley, que permitia á todos los verdaderos creyentes beberlo á discrecion; pero esta ley añadió un nuevo escándalo al que se proponia destruir. Túvose por una impiedad; de suerte, que se vió obligado á revo-

carla para atajar las resultas de la sublevacion que empezaba á excitar. En todas las religiones es arriesgado tocar á cualesquiera prácticas ya consagradas, y que una larga costumbre ha hecho tan respetables como la misma religion.

En el Reynado de Ibrahim, hermano y sucesor de Mustafá, vió la Europa volver á salir las banderas turcas, y con ellas el terror que acostumbraban esparcir. La Puerta queria reñir á los cosacos, unidos por sus intereses con la Polonia, que infestaban las orillas del Don, ó Tanais, y turbaban su navegacion. Tomósele á Asoph, plaza fuerte, y de mucha importancia por su situacion en la embocadura del rio, junto á la laguna Meotis, que compone parte del mar Negro. Con esta conquista aseguraron los turcos el acarreo de géneros y provisiones de toda especie que se necesitaban para el abasto de Constantinopla. Pero la empresa mas importante del Reynado de Ibrahim es la famosa guerra de Candia contra los venecianos, que eran dueños de esta isla hacia mucho tiempo, y que por espacio de veinte años hicieron increíbles esfuerzos para conservarla. Esta expedicion, que se comenzó el año 1645, no se concluyó hasta el de 1669; reynando Mahomet IV. Tomóse á Candia, capital de la isla, que aguantó un sitio de veinte y nueve meses. Esta guerra y sitio son quizá los mas memorables de que se haya hablado en ninguna historia antigua ni moderna. El valor, la habilidad, la constancia, y el encanizamiento no han llegado jamás á tan alto punto. Hubo una infinidad de combates, todos igualmente vivos y sangrientos. Infeles y christianos se señalaron en ellos ya con proezas, ya con arduos, superiores á quanto hasta entonces se habia visto. El ataque y la defensa producian cada dia sucesos dignos de pasarse á la posteridad. Por último, despues de haber hecho unos y otros por medio de mil prodigios extraordinarios quanto pudo inspirar, ademas de la audacia y de la intrepidez, el deseo de vencer, y el temor de ser vencidos, entraron los sitiadores en la plaza, que ya no era mas que un monton de ruinas, y concedieron á los sitiados todos los honores que merecia tan larga y gloriosa resistencia.

Esta conquista que habia tenido de costa á los turcos cantidades inmensas, y un prodigioso número de

Siglo XVII. hombres, hizo creer á Mahomet que ya no habia nada que pudiese resistir á lo venturoso y esforzado de sus armas. Volviolas contra los polacos, á quien los cosacos habian abandonado por agregarse á él. A los principios tuvo felices sucesos, que debió á su visir Hamed Caprolí, ministro el mas hábil, y general el mas famoso de quantos han tenido los otomanos desde la fundacion de su imperio; pero la muerte de este héroe fué el término de sus prosperidades. Kara Mustafá, su sucesor, hombre orgulloso y turbulento, parece no haber llevado delante de los muros de Viena, capital de Austria, un ejército de doscientos mil combatientes, sino para hacer mas ruidosa su derrota. Juan Sobieski, uno de los héroes de este siglo, tan abundante en militares del mayor mérito, disipó esta nube de infieles con tropas muy inferiores en número. Artilleria, equipages, y un botín, que no tenia precio, fueron la presa de los christianos. Miróse este suceso como un efecto de la proteccion del cielo, con tanta mayor razon, quanto solo perdieron los turcos ochocientos hombres: el terror que los sobrecogió les hizo mayor daño que no la espada de los vencedores. El visir pagó con su cabeza esta vergonzosa derrota; y el sultan, que le habia confiado el gobierno de tan infeliz expedicion, fué depuesto, como si hubiera de prever los yerros de su ministro, y ser responsable de ellos á la nacion.

Los principes que reynaron en Constantinopla despues de depuesto Mahomet, hasta fin de este siglo, carecieron de talento, asi para la guerra, como para el gobierno. Sin embargo, Solimán III., que no ocupó el trono mas que quatro años, fué algo afortunado en Hungría, en donde recobró muchas ciudades que le habian tomado los christianos. Estas victorias las debió al buen manejo de Mustafá Caprolí su visir, ministro hábil, y mas digno de mandar que su amo. Achmet II., y Mustafá II., que le siguieron, mas cobardes y despreciables todavia, no hicieron nada para mantener la reputacion que se habian grangeado las armas otomanas. El último de estos principes, entregado únicamente á los placeres del serrallo, en donde pasaba vergonzosamente su vida en la disipacion y la indolencia, habia dado muestras en los principios de tener alguna passion por

la gloria. Luego que llegó á ocupar el trono, pareció verse en él un principe digno de tener el lugar de un Bayazeto y de un Mahomet. Dió á entender que queria gobernar por sí mismo, y acaudillar en persona sus ejércitos; pero la batalla de Zenta, en donde fué vencido por el famoso principe Eugenio, lo fastidió para siempre de un ejercicio tan peligroso, y tan contrario á sus inclinaciones naturales. El año 1699 hizo la paz en Carlowitz con el emperador, los venecianos, la Polonia y la Rusia. Cada una de estas potencias ganó en ella alguna cosa; y á este precio fué como el sultan pudo adquirir una quietud, que preferia á la gloria de las conquistas, y al acrecentamiento de su imperio.

En el tiempo de los principes de que acabamos de hablar, estuvo siempre el christianismo en el mismo estado de opresion en que lo hemos visto el siglo antecedente. El favor, el capricho, las inteligencias, y sobre todo el dinero, creaban ó derribaban á los patriarcas y obispos; abrian ó cerraban las iglesias; hacian admitir ó perseguir á los misioneros. Las revoluciones del patriarcado de Constantinopla, y de las otras principales prelacidas fueron tan frecuentes, que los eruditos que se han dedicado á desenmarañar la historia de las iglesias orientales, no siempre han conseguido, á pesar de todas sus diligencias, señalar de un modo cierto el orden de la sucesion de los prelados, y determinar el tiempo que cada uno de ellos ha ocupado su silla. Los mas no han sido sino una sombra. Apenas habian tomado el gobierno de sus iglesias, quando eran echados ó desterrados; por lo comun volvian para ser otra vez depuestos: habia muchos á quien sucedia esto hasta cinco ó seis veces seguidas; y despues de todas estas alternativas, no era muy extraño verles acabar su dia en una cárcel, ó morir ahorcados. Para convencerse de estas mutaciones perpetuas, de que eran la verdadera causa la avaricia por un lado, y la ambicion por otro, no hay mas que pasar la vista por las tablas cronológicas, en que hemos delineado la sucesion de estos prelados, siguiendo los escritores mas acreditados, y los monumentos mas verdicos.

En medio de esta inestabilidad, que reducía á los pastores á un estado tan precario y tan movable, era imposible que cuidasen de su rebaño con aquella continuada

Siglo
XVII.

diligencia y solicitud que no se pueden excusar sin faltar á las obligaciones mas esenciales del cargo pastoral. Contentábanse con desempeñar las funciones exteriores de su ministerio, y todo su gobierno se reducía á mantener la observancia de ciertas reglas de disciplina que hallaban establecidas, y que no habian variado desde los primeros siglos; porque los pueblos de Oriente son constantes en sus usos, y las máximas que ha consagrado la antigüedad pasan de edad en edad sin ninguna alteración, y son para ellos respetables en todos tiempos. De esto dimana, que las mudanzas de los obispos, que suben y caen de un día á otro, no alteran en nada el orden público, ni los principios de la disciplina en el gremio christiano. Un obispo que sucede á otro, se maneja con los que dependen de él por las mismas reglas que dirigen á aquel cuyo lugar ha ocupado. Así que bastaba á los pastores tener conocimiento de los cánones por donde se regía la Iglesia griega en todos tiempos: ciencia material, que no pedía largo estudio. Añadiendo á esto algunas interpretaciones del credo, varias homilias sacadas de los santos padres, y aprendidas de memoria, algunos argumentos contra la Iglesia romana acerca de la procesion del Espíritu Santo, de la primacia del papa, del celibato de los sacerdotes, del uso del pan ázimo en el sacrificio de la misa, y de los demas puntos, sobre los quales hay variedad de opiniones entre orientales y occidentales; se tendrá una idea bastante completa de su teología.

El clero de segunda clase tiene todavía ménos instrucción. Como son regularmente los monges los que consiguen las prelacias, tienen á lo ménos, en los años que pasan en la soledad, tiempos de aprender las cosas que son absolutamente necesarias para desempeñar los principales cargos de la dignidad episcopal; pero los eclesiásticos inferiores, á quien se confían las cargas menores del ministerio, como son tomados de todas clases, no llevan al sacerdocio mas que las escasas luces que han adquirido ántes de ser ensalzados á él, sin otros estudios prévios; esto es, que no saben nada mas que los simples legos, que todos estan sumergidos en la ignorancia, y ciegos con la supersticion. Los papas, que así se llaman los sacerdotes griegos, no tienen nada

que los distinga de los otros en punto de alcances y de Siglo saber. Aunque por la religion esten colocados en una XVII. clase honrosa, y sea su estado respetable, no se hace de ellos ningún caso; porque por lo general son muy viciosos y muy interesados. Hacen pagar todas sus funciones lo mas caro que pueden, y siempre se ajustan con los que tienen necesidad de su ministerio. Siendo la supersticion el lazo mas fuerte que tiene el pueblo ligado con ellos, y principal mina de la poca renta con que viven, tienen grande cuidado de mantenerla por medio de una infinidad de practicas, la mayor parte ridiculas, y aun absurdas. Esto es el asunto ordinario de sus razonamientos públicos y privadamente. Las historias mas inverosímiles, los prodigios de todas especies, las virtudes milagrosas atribuidas á las aguas de ciertas fuentes, y á las palabras de ciertas oraciones, á los exorcismos, á las bendiciones &c. son otros tantos medios de que se valen para mantener la credulidad del pueblo: tan crédulos ellos mismos en fuerza de su ignorancia, como el pueblo grosero, son los primeros que estan persuadidos de todos los cuentos que se les oye publicar; y sin que el interes propio pueda hacer sospechosa su buena fe en esta parte. Ademas, no podemos ménos de observar, siguiendo á los viajeros mas fidedignos, que si los griegos de hoy en día se parecen á los de los tiempos antiguos en la sutileza y astucia, no se les asemejan ménos en la inclinacion que los mueve á abrazar con ansia qualquier cosa que tenga visos de admirable.

En otra parte hemos dicho que entre los griegos, quando una silla está vacante, el obispo que ha de ocuparla es elegido por los otros preladados, que se congregan á este fin; pero que el nuevo pastor no puede ser consagrado, ni tomar posesion de su Iglesia sino en virtud de un decreto del gran señor, que exerce en este punto la autoridad de que gozaban los emperadores christianos ántes de ellos. Este decreto se paga siempre, y cuesta mas ó ménos segun la renta asignada á cada silla, ó por mejor decir, segun la idea que de ella tienen los ministros del sultan. Pero no es éste el único impuesto con que estan gravados los obispos en la Iglesia griega, ya de orden del príncipe, ya por la codicia de los ministros y de los baxaces. Además del tributo anual que

Siglo XVII. tienen que pagar al erario imperial, se les piden por lo regular nuevas cantidades; y si no se pagan inmediatamente, se castiga la menor tardanza, deponiéndolos, desterrándolos, y aun algunas veces mas cruelmente. Asi toda la renta que cobran los obispos del clero inferior, y de los fieles se emplea ó en abrirse camino para la dignidad episcopal, ó en mantenerse en ella. Para sí mismos gastan muy poco, porque su vida es muy frugal, y no conocen tampoco el fausto ni la menor magnificencia exterior.

A pesar de la sujecion en que viven, y del continuo temor en que estan de perder su dignidad, no carecen de cierto zelo por los intereses de la fe. De él dieron una prueba manifiesta en este siglo con motivo de los errores que Cirilo Lucar, patriarca de Constantinopla, trabajaba en esparcir. Este prelado, que no hizo ménos ruido en Occidente que en Oriente, nació en la isla de Candia el año de 1572, y siendo jóven pasó á estudiar á Venecia, y á Padua. Muy pronto se advirtió en él mucha penetracion y vivacidad; pero al mismo tiempo no poca presuncion, inquietud y ligereza. Viajó por Alemania, en donde hizo estrecha amistad con los protestantes, adoptó sus opiniones, y á su vuelta puso todos los medios de introducir las en la Grecia. Los pastores sobresaltados con estas novedades, en las quales no reconocian la doctrina presente de su Iglesia, ni la antigua fe de sus padres, le obligaron á hacer una declaracion distinta y precisa de su sentir en todos los puntos en que habia sospecha de que no pensaba como ellos. Dióla sin trabajo, para no poner estorbo á su fortuna; porque se ha de advertir, que no era ménos ambicioso, que inclinado al error. Habiéndose hecho archimandrita, fué ensalzado al patriarcado de Alexandria, y algun tiempo despues al de Constantinopla. Su traslacion á esta última silla se pone en el año 1621. Conseguido este gran puesto, se reprimió ménos que hasta entónces, y valiéndose de la autoridad que le daba, empleó toda su astucia y talento en insinuar sus errores en los ánimos. Con esto se excitó de nuevo el cuidado de los obispos, y fué depuesto, y desterrado á la isla de Rodas; pero el embajador de Inglaterra, que lo protegía, por las mismas razones que lo habian hecho condenar, al-

canzó su restablecimiento. La gratitud, y la necesidad que tenia de algun apoyo, lo estrecharon mas y mas con los protestantes, por lo qual hizo nuevos esfuerzos para esparcir su doctrina. Las quejas y el escandalo fueron en aumento; y las cosas llegaron á punto de que se hiciese pública una profesion de fe, que se le atribuya, y que era enteramente conforme con los dogmas de los protestantes acerca de la Eucaristia. Segunda vez fué depuesto, y desterrado; pero sus mafias, y el favor de sus protectores lo volvieron todavia á la silla patriarcal, la qual perdió, y volvió á recobrar hasta cinco veces. Todo esto no pudo executarse sin causar muchas turbaciones entre los christianos de Constantinopla; la puerta, que temia las resultas, se determinó á alejar para siempre al enredador patriarca, cuya inquietud era la causa de todo; y aun se dice que fué ahorcado el año 1638 de orden del visir. Sus errores, y la profesion de fe en que se contenian, fueron condenados en muchos Concilios. La Iglesia griega ha manifestado siempre una fuerte oposicion á las novedades que habia procurado introducir.

Los griegos, abatidos y perseguidos por lo regular por los turcos, no tendian como otras veces la vista hácia el Occidente para reunirse con la Iglesia romana, y alcanzar su ayuda. El cisma estaba consumado sin recurso, y las tentativas que se habian hecho para destruirlo, no habian servido sino para afirmarlo mas y mas, y echar en él el último sello. Lo principal de la nacion, sin distincion de clero ni de pueblo, estaba tan preocupado, y su obstinacion habia echado tantas raíces, que no quedaba ya ninguna esperanza de reconciliacion entre las dos Iglesias. Las cosas no han variado despues: siempre subsiste la misma desunion, la misma oposicion, y unas mismas preocupaciones. Parece que el odio de los cismáticos, lejos de debilitarse con el tiempo, como sucede á todas las pasiones, se inflama, y aun toña cuerpo con el discurso de los años; llegando á tal extremo, que los mahometanos que los oprimen, no son ménos aborrecibles para ellos, que los latinos; y los misioneros católicos no tienen mayores enemigos que ellos en todas las comarcas del Oriente en donde han penetrado.

Antes del establecimiento de la Congregacion de Pro-

Siglo XVIII paganda por Gregorio XV. el año 1622; varias órdenes religiosas habían enviado misioneros á los países del dominio otomano para trabajar en la conversion de los infieles, y en la reunion de los cismáticos. El zelo de la honra de Dios, y de la salvacion de las almas era solo el que habia sugerido la idea de esta generosa empresa á los que se habian dedicado á ella. Habíase mantenido por el mismo motivo de caridad generosa, que habia sido su principio; pero despues que Gregorio XV. erigió á su vista un tribunal, cuyo objeto es buscar todos los medios de proteger, extender, y hacer florecer la religion católica en todas las partes del mundo, principalmente en aquellas donde reyna la idolatria, la heregia y el cisma, recibieron nuevo aliento asi las misiones de Levante, como las de los otros países. Los obreros evangélicos se multiplicaron; y mas autorizados, mas apoyados, y mejor dirigidos en sus trabajos, produjo su zelo frutos mas sólidos y mas copiosos. Proporcionáronseles socorros de todos géneros; y los príncipes christianos que tenian mayor valimiento con los soberanos mahometanos, y otros, se creyeron obligados á protegerlos poderosamente. Los reyes de Francia, tan recomendables en todos tiempos por su amor á la fe, se distinguieron entre todos los monarcas del catolicismo, por los importantes servicios que hicieron á la religion, ayudando con todo su poder á los misioneros esparcidos por todas las tierras sujetas á los sultanes de Constantinopla, y á los otros príncipes del Oriente. Los ministros de Francia en la Puerta, y los cónsules de la nacion, residentes en nombre del rey christianismo en las principales ciudades de Levante, son los protectores de todos los varones apostólicos, que trabajan en el adelantamiento de la fe en estas comarcas, de qualquiera orden ó nacion que sean.

El zelo de los misioneros no se ha limitado á las tierras del dominio turco, sino que han penetrado en los demas estados del Asia, en Persia, en Arménia, en Arabia, en la Abysinia, la Etiópia &c. y en todas partes han reducido gentes al Evangelio, fundando iglesias mas ó menos numerosas, segun la mayor ó menor disposicion que han hallado en los ánimos y en los corazones para recibir la divina semilla de la verdad. Entre las

varias órdenes religiosas que componen la milicia de la Iglesia, las de santo Domingo, san Francisco y san Ignacio, los Carmelitas descalzos y los Teatinos se han entregado con mas fervor que los otros á estas santas empresas, en que no es suficiente el zelo por si solo, si no lo acompaña un conocimiento bastante extenso de las lenguas orientales, una vida exemplar, y un ánimo que pueda resistir á todo.

Muchos asimismo han fundado monasterios en estos climas distantes, que les sirven de asilo, y de donde se esparcen por todos lados. Los que empiezan un género de trabajo, en el qual tienen por modelo á los primeros Apóstoles, fundadores del christianismo, se disponen para él con el estudio de las lenguas y con la oracion; y los que con sus sudores han regado ya este campo, que no se hace fértil sino á fuerza de trabajos, vienen á estos monasterios á reparar sus fuerzas, para entregarse despues á nuevas fatigas.

Las comunidades christianas que forman ó que conservan en medio de los enemigos de que estan rodeadas, presentan á la vista, por su piedad, desinterés, union, caridad y amor á la fe, el mismo espectáculo que se admiraba en Jerusalem quando la Iglesia recién nacida estaba aún encerrada dentro de sus murallas. Las virtudes de los varones generosos que se dedican al cultivo de estas distintas porciones de la heredad de Jesu-christo, no contribuyen ménos á hacer fructificar en ellas la palabra de Dios, que sus exhortaciones y su zelo. Para formar de esto una puntual idea, era menester poder representarse los peligros á que estan expuestos; el hambre, la sed, los calores excesivos, las necesidades de todo género que por lo comun experimentan, y los obstáculos que tienen que vencer de parte de los idólatras, mahometanos y cismáticos. Estos últimos sobre todo destruyen la obra de Dios con un encarnizamiento y malignidad, que serian increíbles, si no hubiese mil exemplares de que el falso zelo es capaz de todo, y se arroja á qualquier cosa. De tiempo en tiempo se levantan tempestades muy violentas contra los obreros evangélicos, y contra los christianos á quien insuruyen. Entónces se acrecientan los peligros, y no es cosa extraña que muchos rieguen con su sangre la tierra, que ha sido tea-

tro de sus trabajos, lo que es gloria y triunfo de la religión, que aunque sienta la falta de los que se emplean por ella con tanta utilidad, se alegra al mismo tiempo con una muerte, de cuya gloria participa igualmente con ellos. El mundo aprende de ahí que el día de hoy, así como en los primeros siglos, el esfuerzo y caridad que hace los mártires, no está separado del zelo que hace los apóstoles: verdad es, que esta union preciosa no se halla sino en el gremio de la Iglesia católica. Las sectas separadas de la comunión romana ostentan con particularidad en sus principios mucho fervor para extenderse, y convertir gentes; pero por lo comun andan por caminos secretos y oscuros. Temen á la luz, y todavía mas los peligros; y mas trabajan en extender su imperio para acrecentar sus fuerzas, que no para instruir á los hombres. La Iglesia por lo contrario no procura atraer los hombres á sí mas que para su propio bien. Los ministros que envia por todo el mundo á la conversion de las almas van todos animados con su espíritu; espíritu de prudencia, que toma los medios de conseguir el fin, sin irritar las pasiones de los que podrían estorbarlo; espíritu de desinterés, que no busca ni desea mas que reducir los hombres al conocimiento de la verdad; por último, espíritu de fortaleza y de heroísmo, á quien nada espanta, á quien nada abate, y que mira los tormentos y la muerte como si fuese recompensa. De todas las comuniones cristianas la Iglesia católica es la única que cria para todas las naciones de la tierra ministros guiados de unas ideas tan nobles y tan puras, la única que los distribuye de un extremo del universo al otro para llevar á ellos el conocimiento del verdadero Dios, porque sabe que todos los pueblos del mundo han de oír su voz, y arde en el deseo de dar hijos á su divino Esposo, en donde quiera que haya criaturas capaces de conocerlo y amarlo. Así la promesa de una eterna fecundidad hecha á la Iglesia en términos los mas magníficos, se verifica de siglo en siglo, y esta fecundidad maravillosa, que no debilita el transcurso de las edades, es un privilegio, de que no participarán jamas la heregia ni el cisma: de lo qual veremos nuevas pruebas en el artículo siguiente.

ARTÍCULO II.

Progresos del christianismo en América, en las Indias, en el Japon y en la China.

Quando se descubrió la América, toda ella daba culto á los ídolos. Muchas naciones numerosas habitaban el continente, aunque mexicanos y peruanos eran las mas famosas. Unos y otros confesaban un Dios supremo, la vida futura, premio para los buenos, y castigo para los malos: verdades primitivas, que por todas partes se encuentran. Una tradición que sube á los tiempos mas remotos, las ha conservado en depósito en todos los pueblos de la tierra; y ésta es una prueba evidente de que todas las naciones que hay sobre la haz de nuestro globo, tienen un origen comun, y descendien de una misma familia. Pero estos primeros conocimientos se habian alterado entre los americanos, así como en todas las otras naciones á quien Dios no se habia manifestado por una revelacion particular. Los peruanos adoraban al sol, por causa de su calor vivificante, que hacia que lo mirasen como principio de la fecundidad. El templo en que se veneraba á este hermoso astro, era de una magnificencia y riqueza que espantan á la imaginacion. No parece sino que con el resplandor del oro y de las piedras preciosas de que estaba cubierto todo el interior de este edificio, habian querido imitar al de la luz que esparce el sol en el universo. El culto de los mexicanos era mas grosero. Daban al sol por compañeros la luna, las estrellas, el cielo, la tierra, la mar, y una infinidad de otras deidades subalternas. El mayor de sus dioses se llamaba Virzili-puzth. Atribuíanle la omnipotencia y el imperio del mundo. Ofrecíanle víctimas humanas, y las acompañaban con unas circunstancias que hacian todavía mas horrosos estos abominables sacrificios. Todos los prisioneros cogidos á los enemigos, se guardaban para sacrificarlos en las fiestas solemnes; y quando no los tenían, declaraban la guerra con el menor pretexto á los pueblos vecinos, para que sus dioses no careciesen de un homenaje, de que los creían en extremo ansiosos. Las otras naciones indianas, igualmente sumergidas en las tinieblas de la